

Algún día seremos libres... | La profecía de Apolo

Jenifer Baulo Feijoo ☐☐

JENIFER BAULO FEIJOO

ALGÚN DÍA
SEREMOS LIBRES...

La profecía de Apolo



RJ
Jenifer

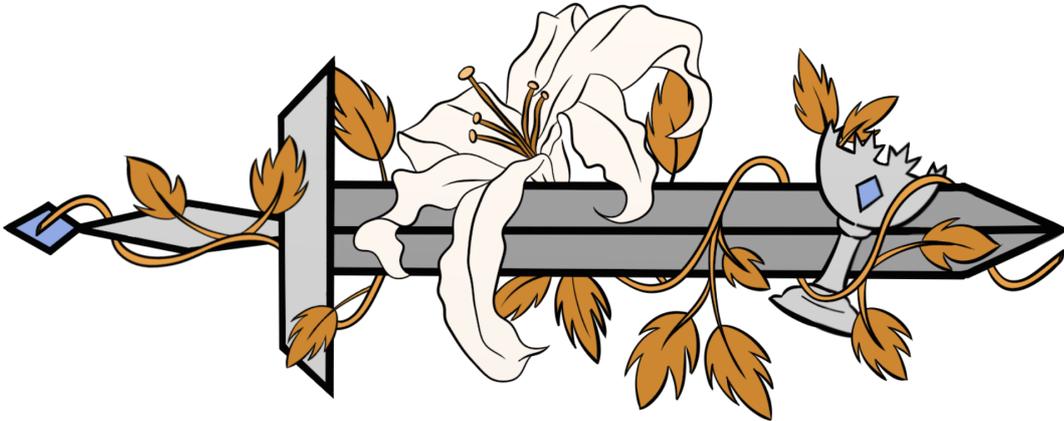
Capítulo 1



¿Qué dios —decidme, Musas— condenó a los mortales?

CAPÍTULO UNO

SERENDIPIA



La doncella se apresuraba en terminar sus quehaceres, recorriendo el ala sur del castillo, limpiando y ordenando. Subía los peldaños de dos en dos hasta la última habitación que le quedaba por hacer antes de ir a cenar, cuando notó una brisa helada que la hizo estremecerse. Corrió a cerrar las pesadas ventanas de madera oscura, pero cuando descorrió las cortinas observó que ninguna de ellas estaba abierta. Cerró las cortinas de terciopelo morado, algo confusa.

Al cabo de unos segundos, empezó a notar que el corazón le iba a mil, notaba cada pulsación en su cabeza. El sudor le caía por la espalda y empezaba a encontrarse muy mal. Se abrió la blusa mientras intentaba recuperar el aire, todo le daba vueltas. A duras penas se arrastró hasta la ventana que daba al patio donde los caballeros entrenaban y, con las pocas fuerzas que le quedaban intentó abrirla, pero en vano, la ventana no decidió. Necesitaba desesperadamente respirar aire fresco, a trompicones, avanzó hasta el otro lado de la habitación, tropezando con el diván de terciopelo verde menta y embellecido con patas en madera de alerce, rodeó el escritorio de madera maciza de caoba en color nogal apoyándose en él para no caer. Cuando descorrió las cortinas para abrir la pesada ventana que daba al río, vio el reflejo de una mujer. La doncella se asustó y chilló, al intentar apartarse de la ventana, tropezó con el zócalo de piedra grisácea que sobresalía de la chimenea.

—Mi señora, lamento haberme sobresaltado... yo... no os esperaba a estas horas.

—No os disculpéis, querida, ¿os encontrarais mal? Puede que tenga el remedio perfecto.

La mujer sacó de entre los pliegues de su falda negra una pequeña daga, con un pulso firme, la hechicera cortó el cuello de la muchacha. La doncella en pánico, se llevó las manos a la garganta para intentar parar la hemorragia, pero la sangre salía sin control, manchando su blusa y goteando en el suelo. La doncella cayó sobre el escritorio, ahogándose en su propia sangre. La mujer limpió el líquido rojo de su daga en la falda y, mientras tarareaba una canción de cuna, sentó el cadáver en la silla que se encontraba frente al escritorio, del mismo material que la mesa, tapizada en terciopelo verde menta. Cortó las muñecas de la doncella y llenó un pequeño frasco de vidrio con la sangre.

—Morgana... —un hombre entró en la estancia y tardó unos segundos en comprender aquella escena—. ¿Qué hacéis?

—Oh, no me miréis así, majestad, ha sido la emoción. Cuesta tanto encontrar a una virgen en estos tiempos— con las manos ensangrentadas, Morgana alzó el frasco repleto de sangre para verlo a contraluz—. ¿No lo entendéis, Arturo? Un alma malévola lo buscará...

—La verdad... es que no os entiendo —Arturo contempló el cadáver de la pobre doncella—. Acababa de entrar a mi servicio y era hermosa.

—El poder de su sangre os será más útil que haberla penetrado para robar su virginidad y así mancillar lo único que la hacía valiosa.

— ¿Tan poderosa es una virgen? ¿Por qué? ¿Qué la hace especial?
—Morgana ignoró sus preguntas y Arturo inmediatamente formuló otra.
—¿Para qué necesitáis la sangre?

Morgana observó a Excalibur en el cinturón de su rey.

—Vos os vais casar...

Morgana sentó a Arturo en el diván y ella se colocó a horcajadas mientras se desataba el corsé. Arturo se sintió tentado por la hechicera. Ella dejó que él besara sus pechos y oliera su piel.

—No... —Arturo parecía no ser dueño de sus actos—. ¿Casarme?
Morgana...

Ella lo mandó callar y colocó la mano de Arturo bajo su falda.

—La magia roja es compleja, majestad. Requiere un sacrificio. —gimió.
—La sangre de uno mismo provoca dolor, la sangre de otros es excitante. Es un deseo fácil de conceder. Vos tenéis lo que necesito.

—No podemos... ¿qué tramáis?

—Debo cerciorarme de que esta vez no me equivoco. —con delicadeza, la hechicera deslizó el miembro de su rey y dejó que la penetrara. —¡Ah!... —entre gemidos, la hechicera movía lentamente sus caderas. Besó a Arturo con pasión mientras él le manoseaba los pechos. —Ellos deben conocerse —le dijo ella sonriente. —La profecía se cumplirá y por fin vos me seréis útil.

En cuanto Arturo se derramó en su interior, Morgana lo obligó a beberse la sangre de la doncella mientras pronunciaba unas palabras incomprensibles.



La niebla entre las montañas empezaba a enrojecerse con los primeros rayos del sol. El cielo comenzaba a clarear y el viento a soplar. El caballero se enfundó en su clámide. Hacía frío. Cogió las riendas con firmeza e instó a su caballo a seguir subiendo por aquellas escarpadas montañas. El caballero no tardó mucho en llegar a aquel familiar lago, rodeado de rocas y plantas anaranjadas con miles de flores blancas. Cerca del lago, había una hermosa mujer de cabellos dorados, su melena era larga, suave y brillante, a este le faltaba poco para que tocara el suelo. Su vestido blanco como la nieve era largo, fino y delicado, el corpiño hacía escote en uve y tenía unas mangas abullonadas en una tela más translúcida, el talle estaba hecho de encaje, así como los puños y el volante de la falda. La mujer, sentada en un banco de mármol grisáceo bellamente decorado con tallados en relieve de los dioses olímpicos, se había recogido el largo de la falda y jugueteaba con sus pies dentro del

agua del lago.

Las botas de cuero azabache del caballero se mancharon de barro y césped al desmontar de su caballo, llevaba el pantalón negro de lino y seda metido por dentro de las botas, lo que evitó que se manchara. El caballero retiró la clámide de terciopelo negro a un lado, dejando ver una camisa blanca de algodón, y un chaleco negro, con bolsillos y botones plateados, a juego con su cinturón y el mango de su espada. El cabello del hombre era dorado, pero más oscuro que el de la mujer del lago. Los ojos azules del caballero escudriñaron el lugar, nada había cambiado en varios años. Desató la pesada arma que cargaba en la alforja de su caballo y se acercó a la hermosa dama y, arrodillándose en el césped mojado, se la ofreció.

—Madre...

— ¡Lancelot! —la mujer se alegró mucho al verle—. No esperaba tan grata visita —el rostro de la mujer se crispó en una mueca de desagrado—. Sabéis que odio que me llaméis madre, llamadme por mi nombre.

—Viviane —Lancelot sonrió y le ofreció el arma—. La he mandado forjar sólo para vos.

Viviane la cogió con una mano sin mayor dificultad y, tras examinarla brevemente, lanzó el hacha al fondo del lago.

—Gracias, hijo mío, la próxima vez traedme joyas, son más poderosas —Viviane observó con sus violáceos ojos a Lancelot—. ¿Qué os aflige, querido?

—Arturo me ha encomendado una misión extraña. No me fío.

— ¿Tenéis miedo?

—No, en absoluto —Lancelot se sentó al lado de su madre—, bueno, quizá un poco. Es absurdo, Arturo decide casarse y Morgana se lo permite. Hay algo en todo esto que no me agrada —Lancelot suspiró—. Ambos han insistido en que sea yo quién vaya a buscar a su prometida.

—Morgana no osará tocaros, es más, no podrá hacerlo —Viviane deslizó en el dedo de su hijo un anillo de plata—. Os protegerá de cualquier hechizo.

Lancelot observó el anillo en su dedo, al mencionar a Morgana su madre se había puesto tensa.

—Creo saber el motivo que os inquieta. ¿La princesa de Cameliard? ¿Por qué ella? —Viviane se levantó—. Su reino es pequeño pero próspero. El

rey Arturo podría haber elegido a otras princesas más cercanas, y... más acaudaladas.

— ¿Cómo sabéis que se ha prometido con la princesa de Cameliard?

—A mí no podéis ocultarme nada —sonrió—. Dejad descansar a vuestro caballo y, después de comer, emprended de nuevo vuestra misión.

—El viaje será largo, y duro. Como vos decís, hay princesas más cercanas al reino de Camelot, acaudaladas, que morirían por casarse con Arturo y ser reinas —Lancelot bufó—. Voy a recorrer medio continente para ir en busca de otra princesa mimada que estará deseando desposarse con Arturo. Será un viaje agotador.

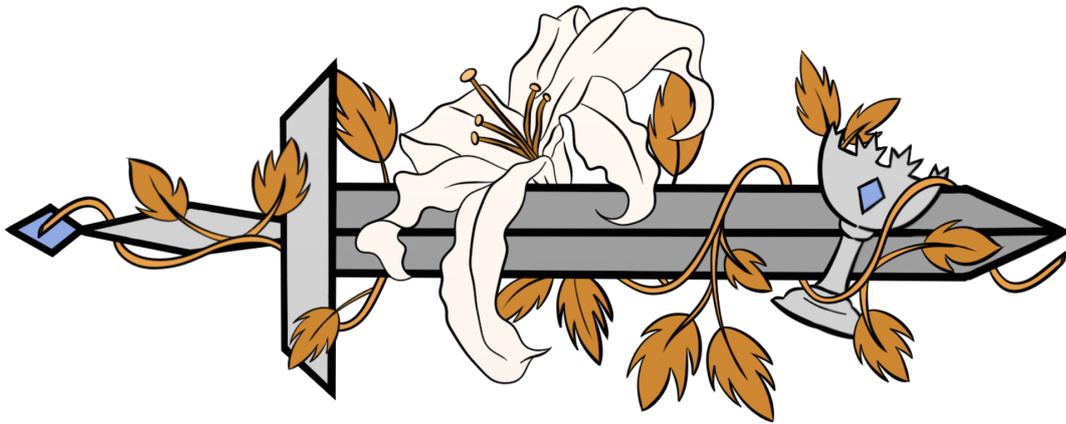
—No exageréis...

—¿Estáis segura? Una princesa acostumbrada a las comodidades de un castillo, durmiendo al raso, rodeada de animales, mosquitos, pulgas y otros insectos, haciendo sus necesidades en el bosques o tabernas...

—Lancelot lo meditó—. Ahora que lo digo en voz alta suena divertido, eso y unas normas absurdas, pueden augurar un viaje entretenido.

Viviane besó el dorado cabello de su hijo antes de que éste se recostara en el banco y se durmiera. La Dama del Lago se adentró en el lago, recogiendo con ambas manos la falda larga de su vestido blanco para no tropezarse. Observó sus pies y luego las gotas de agua que se deslizaban por su nívea piel. El sol incidía directamente sobre la cristalina agua del lago y esa luz la cegaba a veces. Viviane suspiró y antes de desaparecer engullida por aquellas aguas le susurró a su hijo lo que su longevo corazón ocultaba.

—Como profetizó Miala, aquí empieza la profecía. Si algo hemos aprendido de la historia y la magia a lo largo de los siglos es que ninguna profecía puede romperse o huir de ella.



—Ginebra... ¡Ginebra!

El rey Leodegrance se mesaba su canosa barba con nerviosismo. Su hija no quería verlo en aquellos momentos, necesitaba pensar y el rey, aunque inquieto, intentaba complacerla. Había sido ardua tarea que ella aceptara tan inesperado matrimonio, mas era una hija obediente y su padre sabía que haría lo correcto, por el bien del pueblo. El rey observó por la ventana como una doncella se apresuraba en perseguir a su alocada hija. Leodegrance no llegó a oír la animada discusión entre Ginebra y Abrille.

—Deje de ser tan imaginativa, princesa, piense en llevar a cabo su cometido con gran diligencia y encanto.

— ¿Encanto? No... Pensad un poco —Ginebra se paró en seco en medio del pasillo empedrado y se giró sobre sus botas para mirar a Abrille con una gran sonrisa—. Teniendo en cuenta los pueblos y reinos que separan Cameliard de Camelot, y los inconvenientes del viaje, creo que aun tardaremos un mes quizá más, en llegar a nuestro destino, ¿no os dais cuenta, Abrille? —Ginebra abrió los brazos y respiró hondo—, son dos meses que tengo todavía de libertad.

—Son dos meses que tiene para prepararse.

— ¿Prepararme para qué? Llevo toda mi vida preparándome para casarme con un señor, conde, duque, príncipe o rey que consiga mi mano. Éste viaje es una gran oportunidad para pasármelo bien.

— ¿Qué pretende? Es cierto que, por su seguridad y la tranquilidad de su padre, el casamiento y el viaje son un secreto y deberá hacerse pasar por campesina, mas no debe comportarse como una. Debe ser recatada, Sir Lancelot debe llevarse una buena impresión de vos, o de lo contrario le dirá al rey Arturo que sois una maleducada que come con la boca abierta

—rio Abrille.

— ¡Seréis! ¡Yo no como con la boca abierta! —Ginebra sonrió divertida.

Su sonrisa no tardó en desaparecer de su hermoso rostro, pues contempló, algo desanimada, que por la puerta principal llegaba alguien a lomos de un caballo. Por su aspecto, era un extranjero y por su indumentaria oscura, pareciera que quisiera pasar desapercibido, aunque parecía conseguir el efecto contrario. Ginebra suspiró, estaba feliz porque por fin iba a salir de aquel castillo, pero recordaba que era para que la encerraran en otro y se entristecía solo de pensarlo.

—Supongo que partiremos después de cenar, iré a prepararme.

Abrille se quedó observando cómo algunos sirvientes ayudaban al caballero a desmontar. Ginebra se apresuró en atravesar el jardín interior, saltar las piedras que decoraban la fuente y subir las escaleras hasta su alcoba de dos en dos. Cerró la puerta con estrépito y se dejó caer en su lecho. Mullido, suave y calentito. Era cierto, a Ginebra le encantaba su vida entre aquellas cuatro paredes, había reído y llorado, se había emocionado y se había... no... nunca se había enamorado y nunca le había importado hasta ahora.

Ginebra se había leído todos los libros de la biblioteca del castillo, incluso aquellos escritos por Yon. Yon era el Maese de la biblioteca, así como su profesor particular, Yon prácticamente la había enseñado todo lo que sabía, hasta la había enseñado a defenderse, la princesa sabía tensar un arco y agarrar una espada. Obviamente estos entrenamientos habían sido un secreto para su padre, si éste llegase a enterarse, se lo habría prohibido con el argumento de que, siendo princesa, nunca iba a necesitar defenderse ya que otros lo harían por ella. A ojos de su padre, todas las mañanas su hija acompañada de Abrille, estudiaba diligentemente en la biblioteca, pero en realidad Maese Yon la adiestraba en el arte de la guerra. Pero no por ello descuidó sus estudios, el entrenamiento de la mente era tan importante como la física, le decía siempre Maese Yon.

Y eso era lo que más la afligía, haber leído tantas aventuras y no haber podido disfrutarlas. Explorar cuevas profundas, navegar por el Devorador de Barcos, caminar por el Desfiladero, adentrarse en el Límite, ir más allá de las Tierras Inexploradas... ¡la princesa quería enamorarse! Enamorarse de bellas puestas de sol, de otras culturas, gastronomía, música... Ginebra suspiró y se levantó del lecho a duras penas. Se vistió con la ropa de campesina, un sencillo vestido verde oliva de tejidos baratos y un cinturón trenzado de cuero malo. ¿Sí tiraba de él, se rompería en trocitos? Ginebra se encogió de hombros, no es que fuera a serle de utilidad, no era más que un intento de adornar aquel soso vestido. Mientras preparaba su alforja con vestidos tan feos como el que llevaba puesto, pero en diferentes colores, alguien llamó a la puerta. Era su padre. Éste se acercó

al espejo donde su hija se miraba con cierto desdén y la cogió de los hombros.

—Sois como vuestra madre, pongáis lo que os pongáis, vuestra belleza jamás se apaga. Ella estaría orgullosa.

—Lo sé —Ginebra se giró para mirar a su padre—. Sí me caso con el rey Arturo, él no os declarará la guerra.

Hacia unos meses, había llegado una inusual petición desde Camelot. El rey Arturo deseaba explotar las minas de Cameliard, y le proponía al rey Leogredance varias formas de conseguirlo. La menos sangrienta y que no se cobraría la vida de miles de inocentes, era la de desposar a su hija y que ofrecieran las minas como dote.

El rey besó a su hija en la frente y la escoltó hasta el comedor. Abrille y otra doncella se encontraban en la estancia preparando la mesa. Ginebra observó al caballero que la protegería hasta Camelot. Era alto, de complexión delgada, pero de brazos fuertes. Llevaba los bajos de su pantalón negro metidos por las botas, unas botas magníficas, el cuero brillaba más que las hebillas que las adornaban, aunque del viaje estaban algo sucias y gastadas. El caballero no se había tomado la molestia de quitarse su clámide, ni el cinturón donde llevaba su espada. Iba de un color muy oscuro, incluso, recordó Ginebra, hasta su caballo era negro. Como sospechó cuando lo vio entrar por la puerta principal, era como si quisiera pasar desapercibido. Ginebra lo miró entrecerrando los ojos, en tal caso provocaba el efecto contrario. Su piel era nívea, sus ojos azules eran tan claros que parecían dos brillantes zafiros. Su cabello rubio se desparramaba cual oro líquido por sus hombros. Llamaba demasiado la atención. El caballero, al verlos llegar, se inclinó ante el rey y besó la mano de Ginebra.

—Es un placer conoceros por fin, princesa Ginebra —Sir Lancelot observó el largo cabello negro de la princesa que caía cual cascada por su espalda.

—El placer es mío, Sir Lancelot.

—Dejémonos de formalidades —el rey sonrió—. Debéis estar hambriento, ¿me equivoco? Habéis recorrido muchos caminos, navegado y atravesado valles y montañas en muy poco tiempo.

—Soy eficaz, majestad, me gusta hacer bien mi trabajo, por eso le garantizo que su hija llegará a Camelot de una pieza.

—Sois muy amable, Sir Lancelot, al intentar tranquilizar mi viejo corazón.

El rey Leodegrance rio. Aquellas pocas palabras lo tranquilizaban de verdad, no era un falso cumplido, pero la idea de perder a su única hija lo destrozaba por completo. Ahora tendría que aprender a vivir con el recuerdo de una esposa asesinada y el de una hija infeliz. Los tres se sentaron a la mesa. Sir Lancelot comió lentamente, Ginebra no tenía apetito, el rey observaba. El caballero, entre bocado y bocado, levantaba la vista, observaba a Ginebra y bebía de su copa con avidez. El vino era delicioso, pero tenía que controlarse, no era el lugar ni el momento para embriagarse.

El rey Leodegrance recordó cierto asunto que requería un poco de su tiempo. Habían terminado de cenar y se excusó, con la firme promesa de volver antes del postre. Ginebra estaba algo incómoda, pero, al fin y al cabo, iba a pasar las próximas semanas viajando con aquel hombre.

—Bueno, supongo que estaré a vuestro cuidado a partir de ahora...

Sir Lancelot se había sentado en el marco de la ventana, respirando el aire fresco de la noche. Se giró al escuchar la voz de Ginebra.

—Sí, vaya, todo un honor —dijo Sir Lancelot con ironía mientras la miraba con cierto hastío—, veréis, princesa, voy a poneros unas normas básicas de convivencia, que se aplicarán en cuanto emprendamos el camino —Sir Lancelot cruzó las piernas, su actitud era un tanto burlesca—. Primera norma, no os metáis en problemas y no tendré que cuidar de vos. Segunda norma, si os metéis en problemas no esperéis que cuide de vos, los accidentes ocurren constantemente, tercera...

—Esperad —Ginebra se había quedado blanca de la sorpresa—. ¿Dulces palabras a oídos de mi padre y normas y quejas a la que se supone que debéis escoltar? ¡Menudo caballero, Lancelot!

—Sir Lancelot, esa es la tercera norma, debéis llamarme Sir Lancelot —puntualizó—, y a vos os debería cambiar el nombre, Ginebra llamaría la atención, os nombraré... —Sir Lancelot la miró de arriba abajo, pues ella ya llevaba puestas sus ropas de campesina. El caballero pensó algo divertido—. Brígida, podría llamaros como mi abuela.

—Ni siquiera nos conocemos, si seguís tratándome así de mal voy a escaparme —sonrió y se cruzó de brazos—, me encantaría vivir una aventura, me escaparé incluso antes de emprender el viaje y, ya sea por lealtad u honor, tendréis que explicarle la vergonzosa actitud que estáis mostrando ahora mismo al rey Arturo.

—Vaya, os adelantáis a los acontecimientos mi querida Brígida. Esa es la cuarta norma, nada de amenazas u os abandono por el camino.

La cara de Ginebra enrojeció debido a la ira y al odio que empezaban a aflorar entre ella y aquel caballero desvergonzado. A la princesa no le dio tiempo a replicar, su padre entró por la puerta apresurado.

—He vuelto lo más rápido que he podido, mis cansadas piernas no dan para más —sonrió.

—No hay problema majestad —Sir Lancelot rio—, he tenido una agradable conversación con vuestra hija. Es muy inteligente y osada. ¡Mirad que ruborizada la tengo! Lo siento, Ginebra, no os podéis enamorar de mí. Soy hombre de muchas mujeres.

Ginebra se mordió la lengua. El caballero guardaba las apariencias frente a su padre por el mismo motivo que ella no desmentiría aquellas burlas. La verdad era demasiado simple y cruel. No iba a ser un viaje de placer.

—Padre, perdonad —Ginebra sonrió—. Las historias de Sir Lancelot me fascinan.

— ¡Ah! Mi querida hija —el rey miró a Sir Lancelot—, le apasionan las historias, las lee, mas yo creo que prefiere oírlas. Leyendo, la interpretación del contenido de la historia puede ser diferente tantas veces como se lea, se necesita mucha imaginación. Al oírla, no hay más que una. Ya sea verídica o no, una historia relatada con gestos, expresiones y cambios de voz te cautivarán desde el principio.

—Muy cierto, majestad —le agasajó él—, vuestra hija ha tenido suerte, se me da bien contarlas, y para mí, cada día es una aventura.

No tardaron mucho en acabarse el postre. Ginebra tampoco quiso probar bocado, pese a oponerse totalmente a casarse con el rey Arturo, el viaje tal vez iba a ser su oportunidad de enamorarse del mundo, quizá, mientras el caballero dormía, podría escaparse... ¿A dónde? No lo sabía. ¿Con qué recursos? No le importaba. Amaba a su padre, pero ¿todo aquello por unas simples minas? Le parecía descabellado, ella había propuesto otra solución, pero era todavía muy inmadura para entender ciertas perspectivas de reinar.

—Regladle las minas, padre —le había suplicado Ginebra, se había colado en la sala de reuniones donde se encontraba su padre, los consejeros y otras caras que no conocía. Había estado escuchando a escondidas—. Evitaríamos la guerra y de esa forma no tendría que...

Su padre la interrumpió.

—¿Sabéis lo que implica reglar esas minas a otro reino? —su padre parecía decepcionado al hacerle esa pregunta, pero no dejó que ella contestara. —El rey Arturo está buscando algo que desconocemos, las

minas son el principal producto de comercio de este reino, miles de familias se alimentan y viven trabajando esas minas, si se las regalamos al rey Arturo, todo el pueblo perderá su trabajo. Si os casáis con él y pasan a ser vuestra dote, puedo hacerle firmar las condiciones que yo desee, como que nadie del pueblo pierda su trabajo porque él quiera poner a sus hombres de confianza a buscar lo que sea o explotar la mina sin pensar en las consecuencias.

Escuchar aquella dureza en la voz de su padre dejó a Ginebra devastada y sin palabras, oía en la sala murmullos y cuchicheos sobre que era una inmadura, mimada y que no sabía proteger a su reino. Afirmaban que junto al rey Arturo, aprendería a ser una buena reina. A pesar de ser un rey que había amenazado a un reino con la guerra por unas minas, todos estaban convencidos de que sería un buen marido y que aprendería mucho estando a su lado. Se sentía una moneda de cambio al escuchar las palabras de su padre. Debía sacrificar su libertad por el bien de todos. Le costó asimilarlo, pero entendió que era lo mejor. Al final, ¿que importaba? De estar encerrada en Cameliard a estarlo en Camelot.

—Os habéis esforzado, habéis estudiado mucho, y habría sido un orgullo cederos el trono de Cameliard en los próximos años —le había dicho su padre aquella noche mientras cenaban después de que ella irrumpiera ante la reunión con el consejo esa misma mañana. —Pero hoy me habéis demostrado que no estáis preparada para ello. Me duele profundamente tener que enviaros a Camelot en estas circunstancias. Espero que, en unos años, Arturo se dé por vencido con las minas, mientras tanto, aprenderéis a dirigir un reino. Y volveréis.

Su padre le pidió perdón, porque en el fondo estaba seguro de que aquello que le faltaba a su hija para reinar con sabiduría, era que nunca la había permitido salir del castillo, y, por lo tanto, desconocía al pueblo y no empatizaba con los problemas del reino.

El rey Leogredance, Sir Lancelot y Ginebra, se dirigieron al establo, sin prisa, dando un paseo por el jardín. Al llegar a las caballerizas, el servicio ya estaba preparando las alforjas y los caballos para partir cuanto antes. Sir Lancelot se inclinó levemente ante Leodegrance.

—Siento que sea todo tan repentino, majestad, mas cuanto antes partamos, mejor.

—No es ningún problema, lo acordamos así para proteger a mi hija.

—Y así será majestad, juro que la protegeré hasta llegar a Camelot.

Ginebra reprimió una carcajada. El caballero se dio cuenta del detalle y sonrió. Abrille ayudó a la princesa a ponerse su capa negra. Tras ese gorro nadie la reconocería, o eso le dijo Abrille al ponérselo, y a ella le pareció

hasta gracioso. Nunca había salido del castillo, solo un par de veces para acompañar a su padre a las fiestas del pueblo y estaba completamente segura de que a los Camelianos les costaría reconocerla y, por ende, mucho menos la reconocerían en las tierras a donde se dirigían cruzando el Mar Próspero. Maese Yon le tendió una alforja con un par de libros recién escritos y encuadernados. Sir Lancelot observó como aquel apuesto hombre, de vestimenta impoluta y mirada inteligente, le regalaba algo a la princesa y la tomaba de la mano. Él se veía afligido, pero ella parecía dolida y rápidamente apartó la mano del hombre con delicadeza.

El rey no quiso hacer más larga la despedida y, después de ver por última vez a su hija montada sobre aquel caballo de pelaje marrón oscuro, ordenó a todos volver a sus dependencias a descansar. Él hizo lo propio, dejando a Ginebra sola ante la enorme puerta de hierro junto a Sir Lancelot, que la esperaba para partir. En cuanto los caballos empezaron la marcha, Ginebra tuvo el presentimiento de que jamás volvería a pisar Cameliard. Se habían adentrado en el bosque y Ginebra parecía tener dificultades para apreciar ya el castillo. ¡Qué rápido lo estaban dejando atrás! Sir Lancelot empezó a canturrear una canción infantil que él mismo había cambiado dada las circunstancias.

—Un vestido muy feo birló la princesa, si el vestido era tan feo, ¿para qué lo birló la princesa?

— ¿Intentáis molestarme, Sir Lancelot? Sabéis que no era un vestido sino un camafeo, y no lo birló una princesa, fue un ladrón...

Sir Lancelot rio. Llevaban varias horas galopando, todavía era de noche, se guiaban por la luz de la luna, debían recorrer el bosque y pasar por las montañas hasta llegar a Ardlem, ya que Cameliard no disponía de puerto, ubicándose dentro del bosque, era menos costoso para el reino transportar mercancía hasta el puerto de Ardlem que tener uno propio.

—Hay algo en mi interior que me susurra cual tentación maliciosa que me escape, que huya muy lejos en busca de aventuras —Ginebra lo miró seria. —En cuanto os durmáis, me escapo.

—Podéis hacerlo, escapad, mas no viviríais lo suficiente vos sola en el bosque.

—Viviría, sabría arreglármelas sola.

— Ah, ¿sí? La princesa mimada sabe cuidarse sola —Sir Lancelot la miró divertido, ambos tenían el mismo color de ojos, salvo que ella tenía el azul más oscuro. Lo de princesa mimada le había dolido, porque era cierto—. ¿Sabéis cazar?

—Sé tensar un arco —le dijo ella con fastidio.

—No os he preguntado eso... ¿habéis matado antes algo que estuviera vivo?

—No... no creo que eso sea un problema.

—Interesante... —Sir Lancelot se había puesto serio—. Bien por vos.

Atravesaron el bosque hasta llegar a las montañas, Sir Lancelot prefirió seguir el camino más largo a hacerlo por la ruta de mercancías, para evitar retrasos e inconvenientes. Ginebra iba unos metros por detrás de Sir Lancelot, llevaban horas de viaje, le dolía el culo, la espalda, y las piernas de hacer tanta fuerza contra el lomo del caballo, pero él no se detenía a descansar, también llevaban sin hablar desde que salieron del castillo. Era un hombre raro sin una pizca de curiosidad, y ella se moría por preguntarle cómo era el mundo en realidad, aunque los libros habían sido su ventana hacia el exterior, sabía que le faltaban habilidades y conocimiento para sobrevivir fuera de la muralla de Cameliard. El cielo comenzaba a clarear y los primeros rayos del sol asomaban entre las montañas. Llegaron a la Cascada de Aloo y el caballero desmontó, para dar de beber a los caballos, hacer sus necesidades y descansar un rato. El lugar era hermoso, el ruido del agua deslizándose y cayendo entre las rocas, tranquilizaban a Ginebra. El agua caía tan finamente, que parecían hilos de seda danzando con el viento. Ginebra bajó sola del caballo a duras penas, se estiró, para destensar los músculos y decidió mojarse los pies.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Sir Lancelot.

—Vaya, sabéis hablar. Toda la noche juntos y solo os habéis burlado una vez de mí.

Sir Lancelot dejó caer la leña que había estado recogiendo mientras ella admiraba el paisaje. Se acercó a la roca donde la princesa estaba sentada mojándose los pies.

—Veréis Brígida, para vos el viaje será placentero, pero para mí es un auténtico fastidio, a mí solo me obligaron a escoltaros y protegeros, no me dijeron que debía entablar una conversación con vos o entreteneros.
—Sir Lancelot volvió al lugar donde había dejado la leña y empezó a hacer un pequeño fuego para cocinar—. Estaréis cansada de esta isla, pero disfrutadla en silencio y no me molestéis.

Ginebra se entristeció, no es que el caballero tuviera mala intención o quisiera hacerle daño a propósito, es que no se conocían.

—La verdad... —ella sonrió con tristeza mirando a la cascada. —Es la primera vez que veo una cascada que no sea en un retrato.

Sir Lancelot la miró por unos segundos, chascó la lengua y dejó que su curiosidad hablara por él.

—¿Por qué? Ardlem no está tan lejos de Cameliard.

—Desde que murió mi madre, mi padre no me ha dejado pisar el exterior.

—Os acompaño en el sentimiento, no era mi intención haceros recordad algo tan doloroso.

—No recuerdo apenas nada de ella, no os preocupéis, murió cuando tenía siete años.

Sir Lancelot se quedó boquiabierto.

—¿iY desde entonces no habéis salido del castillo!? No sé, yo me hubiese escapado al pueblo a festejar...

—No tuve motivos para hacerlo, me sentía encerrada, pero algo en mí no se atrevía a salir —Ginebra bostezó cansada.

—Podéis dormir un rato mientras preparo algo de comer.

Estaba tan cansada, que ni se lo pensó, fue hasta su caballo, cogió el tapete de paja y lo estiró. Usó la manta a modo de almohada ya que, con su clámide y los rayos del sol, apenas tenía frío. Unos minutos después, se durmió profundamente. Sir Lancelot preparó la comida con diligencia, cuando se disponía a despertar a Ginebra no pudo hacerlo, estaba tan profundamente dormida y tan cansada, que prefirió dejarla seguir durmiendo, el viaje iba a ser largo, un día más o un día menos, no importaba. Se quitó su clámide y se agachó junto a la princesa.

—Más que princesa mimada, creo que sois una princesa triste, deseáis vivir aventuras, pero nunca os atrevisteis a salir del castillo...—dijo el caballero mientras la tapaba con su clámide.

Se levantó mirando a lo lejos la cascada cuya agua caía finamente. Sus ojos contemplaron la poza situada justo debajo, tranquila, serena, cristalina.

—Podríamos llegar hoy mismo a Camelot...

Sir Lancelot se acercó a la orilla de la poza. En su cabeza había una voz, no un eco ni una leve sensación, era una voz clara y firme que le decía que no lo hiciera, que no utilizara su poder. El caballero se inclinó para

tocar la superficie del agua, pero algo no le permitió tocarla, el agua se desplazaba y repelía su mano. Lancelot se encogió de hombros y suspiró.

—Que inesperado... lo capto, ella necesita este viaje.

¿Realmente lo necesitaba ella o era él? Se preguntó el caballero. ¿Por qué odiaba aquel viaje? ¿Por qué deseaba con tantas ganas volver a Camelot? Allí no había nada ni nadie que lo esperara. Era caballero de la Mesa Redonda solo por petición de su madre. Cuando era pequeño se escapó de casa porque no soportaba vivir con ella. Estar junto a ella era tan gratificante como estar con una piedra, al menos así lo pensaba cuando era pequeño. Sentía que él no era importante, que su mera existencia era una molestia para su madre, que a ella solo le importaba el poder de aquellas joyas y armas que guardaba celosamente y aquel hombre que dormitaba en el lago y del cual nunca se separaba. No había que ser un genio para deducir que seguramente era su padre, aunque ella nunca se lo confirmó. ¿Qué le había pasado? No lo sabía. Se lo preguntó tantas veces a su madre, y ella seguía con aquella frialdad, nunca le contó nada. Se cansó de buscar su cariño, de intentar comprender aquel mundo que lo rodeaba y huyó por dos motivos; quería sentirse amado y pensó que, huyendo, ella lo buscaría preocupada, al fin y al cabo, sólo tenía nueve años cuando decidió marcharse. Ciertamente es que aquel arrebatado de frustración, tristeza, rabia y quizá algo de odio, lo llevó a encontrar aquel amor que nunca tuvo de su madre. Encontró una familia donde menos lo esperaba.

Viviane tardó varios años en aparecer, y para cuando lo hizo, solo fue para decirle que cuando cumpliera los dieciséis años, se presentara ante el Rey Arturo y le jurara lealtad como caballero. No hubo abrazos, ni lágrimas, ni una pizca de amor en sus palabras, solo dureza y no una petición, sino una obligación; lo amenazó con destruir todo lo que había construido por sí mismo si llegado el momento no cumplía con lo que ella decía. Sabía que su madre era poderosa, tenía poderes que él no comprendía, pero algo había heredado de ella, el agua para él era vida. Cabe destacar que ella solo le enseñó lo básico para sobrevivir, nunca le habló de ella, de su padre, de los poderes que poseía... Sir Lancelot solo recordaba su infancia como algo oscuro, solitario y frío. Y cuando por fin atisbó algo de luz, ella volvió para apagarla. Fue en aquel momento que el odio afloró en él. Mas cuando cumplió los dieciséis, no le quedó más remedio que obedecer. Y algo curioso pasó entonces. Viviane lo acompañó en la investidura como caballero, y al terminar la festividad, ella cambió de actitud por completo. Mientras estaban en el castillo le habló de su padre, sin entrar en muchos detalles, ni siquiera le dijo cómo se llamaba o si el cuerpo que yacía en el lago era el de su padre, solo le contó como lo conoció allí siendo ella discípula de Merlín. Aquella actitud pilló a Sir Lancelot desprevenido, mas sentía que si ella quería algo de él, ya lo había perdido por completo al obligarlo a dejar todo lo que amaba atrás para convertirse en algo que no deseaba ser. Era demasiado tarde, él solo

sentía odio hacia ella.

Con el tiempo, Vivian seguía con cierta actitud más cariñosa, y él al final cedió. ¿No era aquello lo que había estado buscando de pequeño? Pero a pesar de esa dulzura que mostraba su madre, volvió a sentirse en aquel lugar oscuro, frío y solitario. Camelot no era su hogar. No lo era, ni lo es ni lo será jamás.

¿No era Camelot y su rutina una prisión igual que lo ha sido Cameliard para Ginebra? ¿Hacía donde iba su vida si no podía tomar las riendas de lo que realmente amaba hacer? Por un lado, su madre amenazando con destruir su vida y por otro, regalándole un anillo protector. Él solo fue a visitarla en busca de respuestas a esa inquietud que afloró en él cuando le encomendaron la misión de ir en busca de la prometida del Rey Arturo. Todo lo había organizado Morgana. Pocas fueron las veces que se habían cruzado por el castillo en aquellos años, mas fueron suficientes para sentir que la hechicera no era de fiar, y de las pocas veces que entablaron una conversación, se enteró que ella y su madre habían convivido juntas y habían sido amigas. Cada vez que se topaba con Morgana en los pasillos, sentía la imperiosa necesidad de salir corriendo, le daba mala espina. Su madre no le contó mucho cuando fue a verla, mas sus palabras confirmaron sus sospechas; Morgana no tenía buenas intenciones. Aún recordaba aquella sonrisa en el rostro de la hechicera cuando afirmó que él era el único caballero cualificado para aquella misión. Espeluznante.

Ginebra despertó por la tarde, hambrienta. Mientras ella comía, el caballero aprovechó para dormir. En cuanto acabó de comer, recogieron sus enseres y siguieron el camino. Antes de llegar al pueblo, pasaron de largo un par de pequeñas aldeas de campesinos trabajadores. Ya era de noche cuando cruzaron las puertas de Ardlem, los barcos no salían del puerto hasta la madrugada, por lo que debían encontrar una posada donde pasar la noche, que además atendieran a los caballos. Ginebra estaba fascinada con el pueblo, las calles llenas de gentío, las tabernas repletas, las terrazas llenas de risas y música, las luces del pueblo... Fueron preguntado a los lugareños por una posada, la única que poseía caballerizas y podía cuidar de los caballos estaba en las afueras, pero les advirtieron que era un lugar poco agradable y hasta peligroso, había mucho pirata borracho entre otras compañías.

Solo necesitaban una habitación, por lo que ambos podían evitar el gentío de la taberna. Cuando llegaron, Sir Lancelot bajó de su caballo, escudriñó la zona y no le quedó más remedio que entrar a la taberna a preguntar.

—Genial, Sir Lancelot, caballero de su real majestad el rey Arturo, los modales de caballerosidad os los habéis dejado en Camelot —Ginebra farfulló mientras bajaba sola de nuevo del caballo. Con aquel vestido era

difícil.

Ató las riendas al poste y empujó la puerta de la taberna. Un hedor a sudor y cerveza le pegó en la cara cual puñetazo. Casi todos eran hombres sucios, harapientos y algo violentos. Sólo tres mujeres había en aquel local y las tres estaban ocupadas ofreciendo sus servicios. Ginebra buscó a Sir Lancelot, sabía que no iba a ser difícil encontrarlo por qué; primero, aquella taberna no era tan grande y segundo, no le costaba admitir que el caballero estaba de muy buen ver, nada que ver con aquellos hombres que bebían y comían como si el mundo se fuera a acabar en aquel mismo instante.

—Gracias Sir Lancelot, por su caballerosidad al ayudarme a bajar de mi caballo —se sentó frente a él en la mesa.

—De nada, Brígida, siempre es un placer. Como la dueña de la posada está ocupada, mientras la esperamos comamos algo —Sir Lancelot acomodó sus pies encima de la mesa. Sus botas estaban llenas de barro y excrementos de caballo.

—Y después de ponerme esas sucias botas en la cara, ¿pretendéis que coma algo?

—Por mí no comáis, monedas que me ahorro.

Ginebra suspiró.

—Ahora de verdad, ¿por qué me tratáis peor que a vuestro caballo?

—Porque ahora mismo podría estar en Camelot, en mi lecho, rodeado de hermosas y preciosas mujeres, comiendo y bebiendo, sin preocupaciones... bueno —Sir Lancelot retiró sus botas de la mesa—, mas solo tendría una preocupación, la de que Sir Perceval me pillase borracho en el entrenamiento.

—Sois un... —Ginebra parecía entre molesta y asqueada.

— ¿Un caballero? Sí, lo sé, me ha costado lo mío llegar hasta aquí y no voy a dejar que los caprichos del Rey Arturo me muerdan. ¿Veis? Esa es la quinta norma, no me mordáis.

Sir Lancelot miró en derredor. Casi todos los allí presentes evitaban mirarle a los ojos, aunque había sorprendido a unos cuantos mirando a Ginebra con algo más que curiosidad, pero no le dio importancia.

—Podrías haber rehusado venir hasta aquí para tratarme de esa forma.

Que me hubiese escoltado otro caballero que realmente lo fuera.

—Ojalá hubiese sido posible —sonrió.

Después de beber un par de cerveza, que Ginebra probó por primera vez, y una ración de patatas en salsa, apareció la dueña de la posada, Sir Lancelot fue hasta la barra a hablar con ella, mientras la princesa esperaba sentada. Había demasiada gente, el humo y el hedor eran casi insoportables, el ruido y la música estaban muy fuertes, la princesa empezaba a marearse y no sabía si era por todo aquello o por la cerveza. Intentó hacerle señas a Sir Lancelot para indicarle que salía a tomar aire fresco, pero éste estaba ocupado regateando por una habitación.

Ginebra se levantó algo torpe y se dirigió hacia la puerta. Antes de que pudiese salir, notó un dolor punzante en la cabeza. Alguien había cogido a Ginebra por el pelo y la estaba arrastrando hasta una mesa. Ginebra intentó zafarse de aquellas manos que la retenían y buscó desesperada a Sir Lancelot, pero allí no había más que caras desconocidas que la miraban de forma lujuriosa. Nadie en la taberna se percató de su situación, entre las risas y la música, la voz de Ginebra se ahogó entre el gentío. En una esquina algo apartada, entre cuatro hombres la tumbaron encima de la mesa y uno de ellos la sujetó.

—Pagaría hasta tres dracmas de oro por hacéroslo hasta el amanecer —dijo uno de aquellos hombres malolientes mientras los otros le coreaban.

—Veamos que hay debajo de ese bonito vestido...

— ¡No me toquéis! —Ginebra le propinó una patada en sus partes.

En la confusión del momento, ella pudo zafarse y coger un cuchillo que había encima de la mesa.

— ¿Qué pensáis hacer con ese pincho? Vamos, preciosa, vais a haceros daño...

Ginebra se lanzó a clavárselo, mas prefirió lanzar el cuchillo y mientras el hombre lo esquivaba, ella aprovechó y le pegó un puñetazo en la cara. El hombre cayó al suelo sangrando por la nariz. Ginebra reprimió el dolor que le subía por el brazo y le había dejado los dedos magullados. Aquel hombre tenía la cara de acero. Ginebra se giró y miró a aquellos dos hombres que quedaban en pie. Ignorando el dolor de su mano, corrió a subirse encima de la mesa y agarrándose a la lámpara de hierro del techo saltó encima de ambos. Estos no se esperaban tal hazaña por parte de la muchacha por lo que los pilló desprevenidos y se golpearon fuertemente contra el suelo, ambos estaban tan embriagados que ya no fueron capaces de ponerse en pie. Ginebra miró a su alrededor. Nadie se había

dado cuenta de que necesitaba ayuda, pero si miraban curiosos la pelea.

— ¿Alguien más planea tocarme?

Nadie dijo nada. Todo el mundo siguió comiendo y bebiendo como si nada hubiera sucedido. Ginebra notó como alguien la agarraba de la pierna. Era el primero de ellos que se estaba recuperando de la patada en sus partes.

—Esperad, ramera, no hemos terminado.

Ginebra estaba furiosa, y la adrenalina corría por sus venas. Con rabia, le propinó una patada en la cara. La princesa, acalorada, se retiró el cabello hacia atrás y vio a Sir Lancelot sentado en un banco observando. Éste aplaudió.

—Vaya, no me esperaba este resultado.

— ¡Menudo caballero! Ibais a dejar a esos hombres...

—Para nada, solo que al final parecía que no me necesitabais.

—Ya os dije que sabría apañármelas sola si me dejabais atrás — Ginebra miró sus dedos magullados.

—Es bueno saberlo —Sir Lancelot se levantó y salió al fresco de la noche—, tal vez me canse de vos por el camino.

—Lo mismo digo, quizá huya... —dijo ella siguiéndolo al exterior.

—Pues avisadme, no querré perdérmelo —Sir Lancelot se subió al caballo y puso voz afligida—. La trágica huida y posterior muerte de la princesa Brígida. Toda una gran historia que se extenderá entre el Gremio de Juglares. Vamos, no perdamos tiempo, iremos hacia el norte y dormiremos en el bosque, a no ser que a su majestad le den miedo los lobos.

—Nunca he visto un lobo, así que no os puedo decir si me dan miedo o no —se encogió de hombros.

—Por cierto... —Sir Lancelot miró a Ginebra divertido —. Sexta norma, no llaméis la atención.

— ¡Yo no llamo la atención!

Sir Lancelot puso los ojos en blanco.

—¿Qué ha pasado con la habitación? —quiso saber ella.

—Entre el precio y después de lo que ha pasado, será mejor irnos de aquí.

Ginebra agarró las riendas de su caballo, cuando intentó subir las manos comenzaron a temblarle. El aire fresco y que poco a poco se iba tranquilizando, el miedo se apoderó de ella. Había tenido suerte, eran cuatro borrachos que apenas podían mantenerse en pie, de cualquier otra forma... la habrían...

—¿Estáis bien?

Sir Lancelot la sacó de sus pensamientos.

—Sí... sí, perfectamente —mintió.

Le temblaban tanto las manos que apenas tenía fuerzas para subir al caballo, y menos con la mano derecha que le dolía muchísimo. Sentía que tenía ganas de llorar. Sir Lancelot bajó de su caballo, tocó suavemente el hombro de la princesa, ella se sobresaltó asustada. El caballero le quitó las riendas de la mano y las ató a su caballo. Luego volvió a subirse en el suyo y le tendió la mano a Ginebra.

—Subid detrás de mí, donde vamos a pasar la noche no está tan lejos, podemos ir en el mismo caballo.

Ginebra aceptó la mano que le tendía y subió detrás del caballero. Se agarró con fuerza a su espalda, al sentir la calidez del caballero y su olor, no pudo evitar empezar a llorar. Para su sorpresa, Sir Lancelot no se mofó de ella.

—Lo lamento, no debí dejaros sola, nos advirtieron que no era un lugar de fiar —ella lo abrazó con más fuerza. —Si me llenáis la clámide de mocos os va a tocar lavarla —bromeó él intentado hacerla sonreír.

Fue un comentario torpe, pero un gesto bonito, ella sabía que no le habría pasado nada, él la habría ayudado, aun así, seguía temblando y llorando. No dejó de abrazar al caballero durante todo el camino.



La estancia olía a tierra y madera mojada, la humedad y el musgo cubrían las paredes rocosas de la habitación. Los muebles no parecían tener un orden, las altas estanterías tapaban varias ventanas impidiendo entrar la luz, por lo que la estancia estaba iluminada por miles de velas y el fuego de la chimenea. Había libros por doquier, la mayoría en mal estado por el uso; páginas rotas, dobladas, arrugadas, manchadas... En un rincón de la habitación había un mueble lleno de frascos de cristal de diferentes tamaños, huesos de animales y otros artefactos extraños. Las cortinas de terciopelo rojo estaban oscurecidas por una capa grisácea de polvo. Entre las vigas de madera del techo, en la oscuridad, se movían tres hermosos búhos. Las bisagras de la pesada puerta de roble chirriaron, había libros en el suelo que impedían abrir la puerta del todo, la mujer empujó con más fuerza y logró entrar en la estancia. La falda de su vestido se deslizaba por encima del suelo de piedra negruzca dejando entre ver, en ocasiones, unos pies descalzos. A pesar de la suciedad, libros y algún que otro cristal roto que había por el suelo, a la mujer no le importó.

—¡Atenea! —la mujer llamó a uno de sus búhos.

El pájaro miró a la mujer con los ojos muy abiertos, desplegó sus hermosas alas verde oliva y se dejó caer hasta posarse en el hombro de la mujer. Ella acarició aquel plumaje tan suave y el búho disfrutó de las caricias.

—Atenea, sois tan bella.... ¿verdad que me dejaréis coger una de vuestras plumas? —la mujer besó al búho en la cabeza—. Prometo que no os va a doler...

El búho desplegó una de sus alas, la mujer seleccionó una de las más largas y, con suma delicadeza, tiró de ella. Atenea soltó un suave gorjeo y voló hasta su viga de madera. Mientras la mujer examinaba la pluma, se

empezó a oír un ruido bastante desagradable, como si alguien estuviera rompiendo trozos de papel y arrugándolos.

—Morgana... —se oyó una voz susurrar—. Morgana...

La mujer puso los ojos en blanco. Guardó la pluma en uno de los bolsillos de su falda y empezó a buscar por toda la estancia. Tiró todos los libros y frascos que había encima de una mesa, salpicando todo de tinta. Rebuscó entre los libros que se habían caído, uno de ellos empezó a moverse. La mujer lo cogió y lo depositó encima de la mesa. El libro tembló y se abrió por sí solo, las páginas pasaron rápidamente hasta detenerse en una. La página estaba en blanco, mas poco a poco, la tinta empezó a manchar las páginas y a adquirir cierta forma humana, apareció la imagen de lo que parecía ser un joven.

—Podrías tratarme con más cuidado, mi magia es frágil.

—Si vuestra magia es frágil es que sois débil —dijo ella con indiferencia sacando la pluma de su bolsillo y haciéndola girar entre sus dedos.

La imagen del joven adoptó una mueca de enfado.

—Morgana... ¿Qué vais a hacer con una pluma de Atenea? La última vez que utilizasteis ese tipo de magia, ¡vuestro padre casi os mata!

—Vos lo habéis dicho, libro mohoso, casi, yo estoy viva y mi padre muerto —chascó la lengua—. Necesito la pluma... desde que murió Merlín la profecía poco a poco se va cumpliendo, han pasado siglos y por fin siento que todo está donde debe estar... Sin embargo, algo me inquieta.

—¿Y bien? ¿Pensáis conjurar un hechizo que disipe vuestras dudas sobre esa inquietud?

—Sí, y necesito que vos lo escribáis —Morgana se retiró su larga melena castaña y rizada hacia atrás—, vamos Ronan, hacedme feliz...

—¿Qué? ¿Estáis segura? Si de verdad queréis saber con exactitud esa inquietud, debéis conjurar vos el hechizo, recordad que mi magia no os dará lo que queréis, sino lo que necesitáis.

—Me arriesgaré —dijo ella sonriendo.

—¡Ni hablar! —la imagen en tinta del joven se cruzó de brazos y el libro se cerró de golpe.

Morgana suspiró.

—Hagamos un trato, os deberé un favor, sea cual sea.

El libro se volvió a abrir.

—¿Estáis segura? ¿Sea cual sea? Si es una promesa, selladla con magia y os creeré.

Morgana sacudió la cabeza exasperada, buscó entre los bolsillos hasta encontrar su daga. Se hizo un pequeño corte en el dedo corazón y en la página en blanco del libro de Ronan escribió su nombre. La sangre fue consumida lentamente hasta desaparecer.

—¿Así os vale?

—Prefecto.

Morgana dejó la pluma encima de la mesa.

—Tenéis dos semanas.

—Dudo que lo tengáis en dos semanas, este tipo de hechizos no tiene un tiempo exacto, querida. ¿Desde cuándo tenéis tanta prisa? No es propio de vos, debe ser una amenaza más que una inquietud lo que sentís.

—No importa —dijo ella sonriendo mientras se enfundaba en su capa de terciopelo burdeos—. Tardad lo que tengáis que tardar, pero dadme el mejor hechizo jamás escrito.

—¿Qué haréis todo este tiempo que estaré cerrado?

Morgana sonrió.

—¿Estáis preguntando por curiosidad o habéis notado también cierta inquietud?

—Ambas.

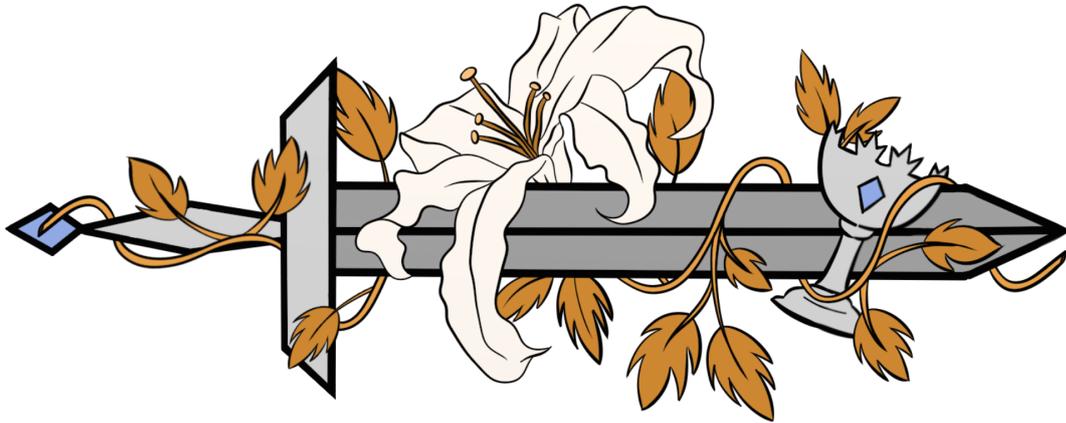
—Iré a visitar a una vieja amiga nuestra.

—Desconozco en qué estáis pensando y qué queréis, pero no metáis a Viviane en vuestros asuntos.

—Relajaos Ronan, solo es una visita de cortesía, recordad que Viviane fue como una hermana para mí, no osaría hacerle daño alguno.

El dibujo de Ronan se encogió de hombros. Con un gesto de ambas manos hizo que la pluma flotara ante él cual marca páginas y se cerró. Permanecería cerrado bastante tiempo, preparando un hechizo muy

poderoso que, sin que el ser mágico supiera, afectaría a la vida de su hijo.



El caballero y la princesa recorrían de nuevo el camino andado para poder llegar a un lugar del bosque donde poder acampar. Ginebra seguía abrazando al caballero, se sentía casada, le dolían los ojos de tanto llorar y los sentía hinchados. Qué decepcionante estaba siendo haber salido del castillo, al menos eso pensó Ginebra durante unos minutos, para después recordar lo hermosa que había sido la cascada y lo bonito que era Ardlem, sin contar con aquella nefasta experiencia. No sabía exactamente qué pensar de la situación; nunca había experimentado algo así. Había sentido repulsión y miedo, pero ahora parecía ser algo más, algo diferente. Se sentía... resiliente. Eso la motivaba. Sabía del largo viaje que les esperaba por delante, con las adversidades y obstáculos que encontrarían en el camino y a los que tendrían que enfrentarse. O al menos eso es lo que ella quería: aprender, disfrutar, explorar... Durante muchos años, se había visto atrapada en la misma rutina, encerrada entre las paredes del castillo, sin que absolutamente nada le sucediera. Y aunque fueran cosas malas, creía que podía aprender de ellas. Ginebra solo podía pensar en los hermosos paisajes que podría ver por sí misma durante el viaje y no solo en libros o cuadros.

Llegaron cerca de un pequeño lago. Los caballos parecían cansados y sedientos. Sir Lancelot se dispuso a ayudar a la princesa a bajar del enorme animal, ella se apoyó en los hombros de él y él la cogió por la cintura. Estaban tan cerca el uno del otro que sus narices casi se tocaban.

—Estáis horrible —le dijo Sir Lancelot mirando la cara de Ginebra.

—Me habéis dado alergia —le dijo ella para picarle.

Sir Lancelot sonrió, parecía que ella estaba de mejor humor. A ambos les sonaron las tripas.

—Iré a buscar leña y prepararé la cena. Vos preparad el resto para pasar aquí la noche.

—Genial, me muero de hambre —dijo ella desatando las mantas y los tapetes de paja.

—Os va a encantar la cena —el caballero sonrió con malicia.

Ginebra vio el semblante divertido del caballero.

—A ver... iluminadme, ¿cuál es el menú sorpresa de la noche?

—¿Vos no habías dicho que os gustan las aventuras? En ellas se hacen locuras y se prueba de todo. ¿Habéis probado la rata asada? Tiene muchas propiedades, os llenará de energía.

—Con el hambre que tengo me comería cualquier cosa —dijo Ginebra acariciando a los caballos mientras los ataba cerca del lago para que pudiesen beber—. Mas hay un pequeño detalle con lo de la rata asada, veréis, es una extraña manía mía, pero me gustaría no pillar una enfermedad mortal. Gracias.

Sir Lancelot rio a mandíbula batiente. El caballero se fue riendo hacia lo profundo del bosque para recolectar algo de madera, mientras Ginebra preparaba el agujero y las piedras en círculo donde iría la leña para hacer el fuego. Extendió los tapetes de paja y las mantas para estar más cómodos mientras cenaban. Sir Lancelot volvió con un montón de leña y algunas setas. Mientras el caballero encendía el fuego, Ginebra rellenó la olla con agua del lago y la acomodó en las brasas. Sir Lancelot fue añadiendo los ingredientes para cocinar una sencilla sopa de setas y carne seca. Mientras esperaban a que se hiciese la sopa, el caballero aprovechó el momento y sacó un fardo de la alforja de su caballo. Se lo tendió a Ginebra.

—Tomad, poneos esto.

Ginebra abrió el fardo y sacó las ropas que había en ellas; una camisa blanca sencilla de lino y unos pantalones negros de cáñamo.

—Estaréis más cómoda montando a caballo que con ese vestido —el caballero removió la sopa que ya hervía, antes de que ella replicara

añadió: — Séptima norma, no cuestionar mis decisiones.

—Aprecio que consideréis mi comodidad en este viaje...

—No es el punto exactamente —la interrumpió—. Cierto es que debí ayudaros a bajar del caballo en varias ocasiones, con ese vestido debe ser difícil. Con esa ropa también pasaréis desapercibida, en esta isla no nos va a reconocer nadie, mas una vez crucemos el Mar Próspero, en esas tierras soy bastante conocido, aún a pesar de no llevar el emblema de los Caballeros de la Mesa redonda, mi belleza no pasa desapercibida —sonrió. Ginebra puso los ojos en blanco y el caballero siguió hablando—. El Rey Arturo y el Rey Leogredance han ocultado muy bien el pacto de matrimonio y toda su organización, pero pienso que son descuidados. Han estado hablando por carta, las palabras escritas perduran, cualquiera puede leerlas. No sabéis con certeza el número de personas por las que han pasado las misivas del Rey Arturo antes de llegar a las manos de vuestro padre. Si queréis disfrutar del viaje, no estaría mal que vuestra vestimenta fuera acorde.

Ginebra sonrió mirando las prendas.

—¿Por qué sonreís? —preguntó Sir Lancelot seriamente.

—Creo que es la conversación más larga que hemos tenido en el poco tiempo que llevamos viajando.

—Con que poco sois feliz... vestíos y cenaremos.

Ginebra se escondió entre unos arbustos y procedió a vestirse con las ropas que el caballero le había proporcionado. Parecía que le quedaban algo grandes. Ella salió de entre los matorrales. Sir Lancelot reprimió una carcajada. Se levantó a ayudarla.

—Cuidado dónde tocáis... —le avisó Ginebra.

—¿Es una amenaza o una invitación? —se mofó él.

El caballero, divertido, la atrajo hacia él. Cogió la camisa por la espalda y la metió por dentro de los pantalones. Ginebra enmudeció al quedar su cara contra el pecho de Sir Lancelot, él se apartó al cabo de unos segundos y miró su propia camisa.

—Bien, ni rastro de mocos, no sabéis lo sucia que me habéis dejado la clámide.

Ginebra hizo una bola con su vestido y se lo tiró a Sir Lancelot a la cara, él

rio.

—Vale, lo he pillado, os lavaré la clámide por la mañana.

—Era broma princesa, vamos a cenar y dormir, que mañana será un día duro.

Ginebra se sentó en una roca cercana de espaldas al caballero para ponerse lo que le sobraba del largo del pantalón por dentro de las botas. La princesa notó las manos del caballero acariciando su pelo y rozando la piel de su cuello.

—Odio que me toquen el pelo... —Ginebra no se giró a mirarlo, no quería que él viera que estaba algo acalorada.

—Debéis cortaros el pelo...

—No me lo he cortado —Ginebra se levantó de golpe y se alejó unos pasos de Sir Lancelot—, desde el día en que murió mi madre...

El caballero se masajeó el cuello.

—El pelo largo y tan bien cuidado como el vuestro es signo de distinción, de nobleza... Recordad la sexta norma...

—Sí —lo interrumpió ella acariciando un mechón de su pelo—, no llamar la atención.

Ginebra miró al caballero. ¿Si se negaba a cortarlo, él lo haría de todas formas? Sir Lancelot fue hasta su caballo y sacó algo de su alforja. La princesa se armó de valor y se sentó de nuevo en la roca.

—Está bien, cortadlo, ya crecerá, cerraré los ojos y...

Las manos del caballero volvieron a jugar con su cabello. Le hizo un improvisado moño y le colocó un gorro negro. Ginebra tocó el gorro.

—No me miréis así, no soy un desalmado, si no queréis cortarlo, no os lo cortéis, me habéis mirado como si fuera a hacerlo sin vuestro permiso. Sabré respetar la memoria de vuestra madre.

Ginebra suspiró, mas sonrió.

—¿Este gesto también os ha hecho feliz? —preguntó el caballero de forma retórica—. Sí que sois rara.

—Rara o es que desconozco el mundo, la comida, las costumbres, las normas sociales... Al principio pensé que no hablaríais conmigo en todo el

viaje, que me odiabais por algún motivo.

Sir Lancelot se quedó pensativo.

—Odio la orden que me dieron, y el viaje tan largo que nos espera, y odio quién me dio la orden... pero a vos a penas os conozco, me gustaría preguntaros algo...

—Adelante, preguntad lo que queráis.

—¿Qué opináis del Rey Arturo? ¿Deseáis casaros con él?

—No tengo el placer de conocer a mi prometido, y no sé qué debería sentir en este momento... —la noche era estrellada y solo se escuchaba el sonido de las ranas en el lago y algún que otro saltamontes—. Cierto es que no me hace especial ilusión casarme de esta forma, y creo que ciertas actitudes y palabras por mi parte han decepcionado a mi padre, mas preferiría viajar, aprender y conocer el mundo.

Ahora fue Sir Lancelot el que sonrió.

—Lo poco que dure este viaje, porque seguramente se me haga corto este momento y sentimiento de libertad, ¿seríais tan amable de enseñarme cómo funciona el mundo? —le suplicó ella con la mirada.

—Puede que ciertas cosas del mundo os decepcionen, princesa —dijo él recordando el momento tan tenso en la taberna.

En parte se sentía culpable, cuando no la vio sentada en la mesa e intentó buscarla por la taberna, el ruido de la gente y la música ahogaban su voz. Salió a mirar si estaba tomando el aire junto a los caballos, al no verla allí, regresó corriendo a la taberna, y en una esquina bastante alejada, la encontró dando puñetazos a cuatro borrachos. Menudo espectáculo, al principio pensó que era una disputa sin importancia, pero cuando supo lo que habían intentado aquellos hombres tuvo que reprimir las ganas de matarlos allí mismo. Llamar a las autoridades de Ardlem solo habría hecho empeorar la situación, tal y como lo trató la posadera, parecían tener trato de favor, y como ya les habían advertido, no era un lugar agradable. El caballero no tenía pruebas, mas tampoco dudas de que allí traficaban con huono.

—Sir Lancelot, os he pedido que me enseñéis cómo funciona el mundo, lo bueno y lo malo, ¿quizá es mucha responsabilidad para vos?

—¿Sabéis que pienso? Qué hay tantas versiones del mundo como personas en él. Por lo que quizá mi versión del mundo sea algo aburrida y

oscura.

—Lo dudo, mas me arriesgaré —sonrió—. Por cierto, esa idea de pasar desapercibidos es muy buena, mas hay una duda que me inquieta.

—Soy todo oídos...

—La tercera norma, cierto es que como caballero al servicio de su majestad el Rey Arturo, debo trataros como Sir, mas siento que es como gritar quién sois.

—Buen punto. Podéis llamarme Lancelot.

—Yo había pensado más bien en, ¿Lance?

El caballero río, aquello lo pilló desprevenido.

—Muy bien, podéis llamarme Lance, yo os llamaré Brígida.

—¿Qué os pasa con ese nombre? —le preguntó ella divertida.

—Así se llamaba mi abuela, os lo prometo.

Cenaron hablando entre risas. Él se había relajado en presencia de ella ya que no parecía ser como las princesas que habían pretendido al Rey Arturo desde que él se hizo caballero. Mimadas, presuntuosas, avariciosas, codiciosas... A pesar de intentar molestarla con sus normas, no se había quejado en ningún momento de las condiciones del viaje y de hacer sus necesidades en medio del bosque, era la primera vez que salía del castillo y no tenía las mismas comodidades, mas parecía no importarle. Una parte de él estaba feliz, él nunca quiso el calificativo de Sir, y sentía en aquel momento una sensación de libertad inusual, como si se hubiese quitado una enorme carga de encima con algo tan simple.

Ella por fin había conseguido acceder un poco al corazoncito del caballero y, aunque fuera por pena, al menos mantenían una conversación interesante. Recogieron los enseres de la cena y apagaron el fuego ya que no hacía demasiado frío. El suelo estaba algo duro, pero después de un par de vueltas para coger la postura perfecta, lograron dormirse. Esa noche, Ginebra, soñó con tres búhos, el más pequeños de los tres, se inclinaba ante ella.



A Morgana le costó tiempo y bastante magia encontrar y poder acceder al lugar donde vivía la Dama del Lago. Ella era poderosa, pero Viviane no se quedaba atrás, no por nada había sido la Segunda Reina de Avalon. Morgana atravesó la arboleda, esquivó aquellas plantas anaranjadas con flores blancas y, saltando de piedra en piedra, se acercó al borde del lago. Miró sus manos y escrutó minuciosamente cada uno de sus anillos. Se quitó el menos valioso y lo lanzó al lago. Lo primero que visualizó fue el sedoso y rubio cabello de Viviane.

—¿Qué os trae por aquí, Morgana? —Viviane caminó sobre el agua hasta situarse delante de ella.

Observó la indumentaria de Morgana; un corsé bajo pecho, de un intenso verde esmeralda con brocados florales confeccionados con hilo de oro y plata, destacaba sobre la camisa de seda que llevaba debajo, de un blanco apagado, cuyas mangas caían en largos volantes. La falda, de un negro brillante y muy vaporosa, dejaba entrever algunas veces unos pies descalzos, la capa de terciopelo rojo completaba el conjunto.

—Os gusta llamar la atención, ¿no es así? Veo que aun tenéis esa rara costumbre de ir descalza...

—Estar en contacto con la naturaleza intensifica mi magia, pero eso ya lo sabéis —Morgana se sentó en el banco de mármol blanco y se retiró hacia atrás su melena castaña—. He venido a conversar con una vieja amiga.

—Morgana...

—No me miréis así, Viviane, en el momento en el que aceptasteis la espada que os ofreció Miala, y os vendisteis a Merlín para jugar un

poco con magia prohibida, sabíais en lo que os estabais metiendo.

Viviane no pudo evitar poner una mueca de desagrado. La actitud de la hechicera era de superioridad, como si sus acciones o decisiones no tuvieran consecuencias. La Dama del Lago miró de reojo las armas y joyas que yacían en su lago. Ni siquiera esa magia había podido ocultarla.

—Morgana, habéis forzado la entrada a mi lago con magia prohibida —la Dama del Lago estaba algo inquieta, pensó que ni Morgana podría romper tan elaborado hechizo que usó para ocultarse—. ¿Qué más necesitáis de mí? Cumplí exactamente con lo pactado, ni más ni menos, estamos en paz.

—Deberíamos estar en paz, pero ahora vuestro hijo se ha convertido en una pieza fundamental en mi profecía, lo necesito, y necesito hacer ciertas cosas no muy agradables de ver para una madre, y no quiero que os entrometáis —la hechicera sonrió.

—No habléis de mi hijo como si fuera una pieza que encaja en vuestro puzle o un peón que podéis sacrificar a vuestro antojo.

—Nunca os preocupasteis por él cuando era pequeño, no seáis una hipócrita queriendo protegerlo ahora que ya tiene edad suficiente para protegerse por sí mismo—la hechicera hizo una pequeña pausa dramática—. ¡Oh, no! —Morgana fingió sorpresa—, su madre cometió el error de ocultar su verdadero poder, no sabe que lo tiene y aunque lo supiese ahora, no sabría usarlo... ¿no creéis que es un poco absurdo intentar defenderse de la magia con una espada? ¿En qué estabais pensando?

Morgana se adentró en el lago, a diferencia de Viviane, ella no podía caminar sobre el agua, por lo que sus ropas se mojaron.

—Tenéis debilidades querida. Amar os hace débil, sé con toda certeza que habéis intentado no sentir nada por Lancelot, ¿por qué? Lo desconozco y no me importa, mas sabiendo lo que podría pasarle en Cameliard, le habéis dado un anillo muy poderoso —Viviane sonreía, mas esa felicidad no le duró mucho—. Lástima que sepa cómo deshacerme de él.

—Morgana, no crucéis esa línea. El tiempo que vivimos juntas con Merlín fue maravilloso, ¿no lo recordáis? Os comportabais como la muchacha que fuisteis una vez en Avalon...

—¡Callos! —Morgana retiró su capa hacia un lado y con un gesto de sus pies comenzó a teñir el agua de rojo.

—¡Parad, Morgana!

Viviane, presa del miedo y dejando atrás a la hechicera, corrió hasta el centro del lago. Miró hacia las profundidades, donde no solo reposaban hermosas y letales armas, joyas y abalorios, también yacía el cuerpo inerte de un hombre. El cabello castaño del hombre se mecía suavemente en el agua. Aun después de tanto tiempo, Viviane tenía la esperanza de que el hombre abriera sus ojos. Si el cuerpo sin alma de aquel hombre seguía con vida, creciendo y envejeciendo con el paso del tiempo bajo el agua, era gracias a su poder. La Dama del Lago aun recordaba cómo se habían conocido; ella discípula de Merlín, él, sobre la superficie, un ladrón de libros mágicos criado en la ciudad, en el fondo, un romántico intentado salvar a su familia de una maldición. Había sido un romance breve, pero maravilloso. Merlín los había descubierto, a él lo castigó encerrando su juvenil alma en un mohoso libro de hechizos y a ella echándola del castillo. Viviane sacudió la cabeza para despejar aquellos recuerdos tan maravillosos y prestar atención a lo que estaba pasando. La magia roja de Morgana estaba a punto de llegar al cuerpo del hombre.

—¡Morgana! Por favor... —Viviane se acercó a la hechicera—. Mi hijo ha cumplido a la perfección su cometido, ya tenéis a vuestro alcance a la hija de Miala, oculté su poder para que no lo sintierais como una amenaza, ¿qué más necesitáis?

—Venid conmigo al castillo. Sabéis que, si realmente Merlín estuviera muerto, su magia habría desaparecido, pero aún hay ciertos hechizos suyos pululando por ahí, molestando. Pensadlo querida, Ronan podría estar aquí con vos ahora, pero no es así. Necesito teneros vigilada y que, pase lo que pase con vuestro hijo, no osaréis interferir.

—No podéis pedirme eso, Morgana, si pensáis acabar con su vida...

—¿Veis? Eso sí puedo prometerlo, puede que vuestro hijo sufra, se retuerza de dolor, mas, ¿matarlo? No querida, eso jamás.

Viviane notaba un sudor frío bajando por su cuello. Estaba atrapada entre los dos amores de su vida, para salvarlos a ambos, ¿debía dejar que uno de ellos sufriera? Era como si Morgana le estuviera prometiendo que Ronan volverá con ella a costa del sufrimiento de su hijo, al cual ya le había causado dolor suficiente.

—Dentro de ese libro Ronan sigue siendo joven e ingenuo. Hasta parece querer quedarse donde Merlín lo castigó. Su castigo se ha convertido en su pasión. Después de todo, se dedicaba a robar libros de hechizos.

—Ese libro mohoso me está volviendo loca. Habla consigo mismo, y no deja de repetir vuestro nombre, es bastante patético —Morgana rio—. ¡Lo

lancé a la chimenea para que se consumiera!

Viviane dio un respingo, asustada, aunque sabía que Ronan estaba bien.

—El muy canalla sabe conjurar hechizos protectores. Con el paso de los años se hace más fuerte —Morgana retiró su hechizo y el agua del lago volvió a su estado natural—. Ronan es consciente de que, por muchos años que pasen, siempre os tendrá a vos esperando por él, hasta que se canse de aprender, o de mentir, según se mire.

La Dama del Lago no era una ingenua, sabía lo manipuladora que era Morgana. Por experiencias pasadas, la forma más rápida de salir de aquella situación era ceder ante las peticiones de la hechicera. Con el tiempo, y con magia prohibida, Morgana se había hecho mucho más fuerte que ella. Viviane caminó hasta situarse frente a ella. La hechicera todavía la consideraba un peligro y bastante poderosa, tanto, como para ser una molestia en su camino.

—Os ayudaré con dos condiciones, Morgana, que juraréis con magia roja y sellaréis con magia negra.

—No seríais discípula de Merlín si no hubiera condiciones. Ambas convivimos juntas durante mucho tiempo y sé lo que os pasa por la cabeza. ¡Qué sorpresa! Ronan y vos estáis hechos el uno para el otro, eso, o sois precavidos. Hablad, Viviane, ¿vuestras condiciones?

—No mataréis a Lancelot bajo ningún concepto y, una vez nuestras piezas estén fuera del tablero, te olvidarás de nosotros, no volverás a aparecer y jamás volveremos a hablar.

Morgana rebuscó en los bolsillos de su falda y sacó la misma daga con la que había hecho un pacto con Ronan, pero esta vez vertió un frasco con una sustancia negra y se cortó en la palma de la mano. Dejó que su sangre cayera en las aguas del lago. Durante todo el proceso la hechicera no dejó de sonreír.

—Condiciones aceptadas, juradas y selladas. Esto es lo que os decía, sois débil al pensar en otros y no en vos misma. Si no hubieseis dejado abierta una entrada al lago para vuestro hijo, yo no habría descubierto esa fisura en vuestro hechizo y ten por seguro que jamás habría podido entrar. Nunca pensé que tendríais este tipo de magia, ahora entiendo que estuvieseis años guardando esas reliquias en vuestro lago. Qué desperdicio...

Viviane no dijo nada, ¿qué podrían arreglar un puñado de palabras dichas en unos segundos contra siglos de sufrimiento? La Dama del Lago presentía que, en poco tiempo, la hechicera se arrepentiría de todas sus malas decisiones; pagaría por haber reducido la Isla de Avalon a simples

cenizas y por amenazar a su familia. Obedientemente, Viviane siguió a Morgana en dirección al castillo de Camelot.

Nota de la autora: La historia continuará en este mismo capítulo. Espero que estéis disfrutando de la historia tanto como yo escribiéndola. Gracias por llegar hasta aquí.



